



El séptimo círculo

Leo Bruce

Cabeza a cabeza



Lionel Townsend, el lisonjero y paciente biógrafo del sargento Beef, aparece sospechosamente comprometido cuando se descubre que su tía ha muerto envenenada. Al mismo tiempo, y en otro lugar, un editor muy discutido se ahorca o es ahorcado. En apariencia, ambos casos no tienen nada en común salvo para el perspicaz sargento Beef, que halla una sorprendente y simultánea solución, para tranquilidad del a veces escéptico Townsend.

NOTICIA

Leo Bruce es el pseudónimo de Rupert Croft-Cooke, el reputado escritor, traductor y poeta inglés. Nació en Edenfield, un pequeño pueblo de Kent, Inglaterra. También adquirió renombre como escritor de novelas policíacas y de suspenso. Murió en 1979. Entre los libros de misterio que escribió están *El caso de la muerte entre las cuerdas*^[1], *El caso sin cadáver*, *El caso para tres detectives*^[2], *Un caso para el sargento Beech*^[3], y éste que ofrecemos hoy.

CAPÍTULO I

EL TELEGRAMA de mi hermano Vincent estaba en la mesa junto a mi desayuno. Vi que había sido dirigido al número de teléfono de mi departamento de Londres y supuse que lo habían entregado con el primer correo. El día anterior no había estado en casa en todo el día y no tenía a nadie que contestara el teléfono. Figuraba como despachado en Hastings a las 16:30. Volví a leerlo.

“Tía Aurora murió súbitamente esta tarde. Tu teléfono no contesta. Probaré en la mañana. Vincent”.

Apenas había terminado de desayunar sonó el teléfono y escuché la voz de Vincent en el otro, extremo de la línea. Noté que no hablaba en su tono usual, que en general encuentro un poco pedante y pedagógico.

—Habla Vincent —comenzó bastante dogmático, pero la seguridad fue desapareciendo a medida que hablaba—. Este es un asunto terrible, Lionel. No, no, no me refiero a su muerte... al fin y al cabo ya no era una jovencita. Lo que pasa es que el doctor Rowley no quiere firmar el certificado de defunción y en este momento tengo aquí a un médico forense. Me gustaría que vinieras lo antes posible. Ah, también está la policía.

—Por supuesto —respondí enseguida—. De todas maneras en cuanto recibí tu telegrama pensé hacerlo. Pero ¿qué es lo que no anda, Vincent? Tía Aurora nunca estuvo enferma en su vida.

—Creo que será mejor que te cuente todo en cuanto llegues. Para ser breve, comenzó a sentirse muy descom-

puesta enseguida del almuerzo y para la hora del té ya estaba muerta. ¿Cuándo vas a venir, Lionel?

—Llegaré para el almuerzo —afirmé.

Nunca había oído a Vincent sonar tan confundido. Mientras empacaba me cruzó por la mente un pensamiento extraño. ¿Cómo había logrado Vincent llegar a tiempo a casa de tía Aurora desde GorrIDGE, Essex, si es que ella se descompuso recién después del almuerzo? Sólo una semana antes, Vincent y yo habíamos pasado unos días en su casa de Hastings. Cuando yo arranqué hacia Londres, sabía que Vincent partiría poco después hacia Penhurst, la escuela privada de Essex adonde acababan de nombrarlo profesor encargado de una de las casas de alumnos.

Pronto estuve en camino hacia Hastings y mientras conducía a través de Tonbridge y Pembury bajo el pálido sol de septiembre, seguía pensando en tía Aurora. Siete días antes, durante nuestra visita a su comfortable casa victoriana, la había notado en perfecto estado de salud y de ánimo, y después de todo no podía tener mucho más de sesenta años. En nuestra familia ya casi era una tradición decir que tía Aurora jamás estaba enferma.

Su nombre completo era Aurora Fielding y le hubiera correspondido convertirse en una solterona victoriana de mente estrecha y disecada, pero por alguna extraña razón nunca llegó a ser nada por el estilo. A partir de la muerte de su madre, cuando ella tenía tres años, su educación pasó a manos de sucesivas institutrices.

Nuestro abuelo, un conocido médico local, le dejó Casi toda su fortuna, de manera que a los treinta años tía Aurora heredó una casa magníficamente amueblada, una gran cantidad de dinero y ningún gusto caro, excepto la buena mesa. La casa, Camber Lodge, era uno de esos grandes edificios de ladrillo rojo en las afueras del pueblo, de aspecto tan sólido y comfortable como la época en la que habían sido construidos. Estaba amueblada en su mayor parte con piezas de caoba maciza y adornos de plata, pero aquí y

allá uno se sorprendía al ver una delicada mesa Sheraton o un espejo del siglo VIII, un libro o cuadro que no pertenecía del todo al resto; tal vez las reliquias de los antepasados de Fielding.

Cuando éramos chicos, tanto a Vincent como a mí nos encantaba pasar las vacaciones en Camber Lodge, porque tía Aurora nos trataba de una manera que supongo era tan exitosa debido a que no la ejercía en forma consciente. Nunca se dirigía a nosotros como a chicos sino que charlaba de igual a igual, preguntándonos por nuestros planes del día y si habíamos dormido bien. Criada en un ambiente estricto y religioso, en su casa se continuaba con las costumbre de las oraciones familiares en las que participaban los sirvientes... quienes habían estado durante años y años junto a ella. Todavía recuerdo el perfume delicioso del desayuno, —una combinación perfecta de café, panecillos calientes, y huevos con panceta— que llegaba hasta la habitación y todavía siento aquella tenue esperanza que me invadió de que esa mañana el extracto de la Biblia fuera corto y que no hubiera demasiadas referencias que buscar en el índice.

Aparte de estas oraciones y de la visita del domingo a la mañana a St. Luke para el servicio religioso de las 11:00, podíamos hacer lo que quisiéramos. Si deseábamos pescar todo el día en el muelle, o explorar los alrededores en bicicleta, o caminar hasta Fairlight Glen, tía Aurora siempre se aseguraba de que nos prepararan una bolsa con huevos duros, sándwiches y fruta, y casi siempre le daba a Vincent uno o dos chelines para que comprara dulces o limonada para los dos. Otras veces combinaba para encontrarse con nosotros en Addison y nos compraba bombas de chocolate o merengues con mucha crema.

Y cómo olvidar al viejo pueblo que parecía exigir ser explorado con su infaltable olor a pescado, los pescadores y el bote salvavidas, que siempre añorábamos ver en acción en un salvamento.

Me temo que en ese momento dejé correr mi mente con todos estos recuerdos de juventud, pero me era importante tener en cuenta qué clase de persona era tía Aurora y cómo había sido su vida, y las razones que teníamos Vincent y yo para estarle agradecidos.

En cuanto Ellen me abrió la puerta y vi a un policía uniformado de pie junto a la escalera y a mi hermano avanzando hacia mí con aire de nerviosa afectación, sentí que había algo terriblemente familiar en esa atmósfera. De alguna manera ya conocía todo eso. De pronto caí en la cuenta de que aquella era una típica escena de las que yo mismo describía en mis crónicas sobre el sargento Beef. La tensión que invade una casa respetable el día en que alguien ha muerto en forma sospechosa. Había tomado parte en ella en cientos de historias de detectives. Pero entrar de veras, ser pariente de la difunta (porque en eso se había convertido la pobre tía Aurora), me parecía irreal e injusto. ¡Hasta era posible, pensé mientras trataba de actuar con naturalidad saludando a mi hermano y al doctor Rowlye, que la policía me incluyera en la lista de sospechosos!

—Hola, Lionel —dijo mi hermano—. Falta media hora para el almuerzo. Pasemos al living. ¿Usted también viene, doctor? —preguntó al doctor Rowley, que negó con la cabeza.

—Tengo que ver al inspector y al doctor Clark, el médico de la policía, dentro de unos minutos, pero me despediré de ustedes antes de irme.

El doctor Rowley había sido durante años el médico de tía Aurora y nos conocía desde chicos.

Una vez sentados con comodidad en el living, con sendos vasos de jerez, Vincent empezó a contarme de la súbita enfermedad de tía Aurora, pero lo interrumpí.

—Antes que sigas, Vincent, hay algo que quiero saber. ¿Cómo te las arreglaste para llegar tan rápido si tía Aurora recién se descompuso después del almuerzo?

Vincent se ruborizó.

—Estuve aquí toda la semana —alegó en un innecesario tono defensivo.

—¡Toda la semana! —repetí, incrédulo—. ¡Si cuando partí hacia Londres la semana pasada estabas empacando para volver a tu nueva casa en Penhurst!

—Cambié de idea. Tenía que ver algunas cosas en Hastings y tía Aurora quería que me quedara con ella unos días más. Pero no perdamos el tiempo discutiendo mis movimientos. Quiero contarte lo que pasó ayer.

Al parecer la mañana había transcurrido normalmente con la parsimonia habitual de las costumbres de tía Aurora, las oraciones familiares antes del desayuno, y demás. Vincent había salido a caminar, pero supo por los sirvientes que la rutina había sido la usual. Paso unas dos horas en la misma habitación en la que estábamos en ese momento, arreglando detalles del manejo de la casa, revisando las cuentas y escribiendo una o dos cartas. Hubo algunas visitas, pero ninguna inesperada: el párroco que era un viejo amigo de mi tía, las dos señoritas Graves, unas solteras viejas que iban a la misma iglesia y eran también amigas de ella de muchos años, una señora que estaba haciendo una colecta para alguna misión y la modista de mi tía. Luego la tía Aurora había salido a dar un paseo con Spot, su fox-terrier. Había salido sola con el perro pero varias personas la habían visto cerca del final del camino, como siempre, y luego había vuelto a la casa a las 12:45... como siempre. Fue durante el almuerzo que Vincent notó que algo no andaba bien. Como de costumbre ella estaba sentada con esa digna rigidez que pertenecía al siglo pasado, pero cuando sirvieron las peras en compota pareció desmoronarse y Vincent vio en su rostro una expresión agotada. Enseguida se excusó apresuradamente y se fue a su habitación, seguida por su acompañante, la señorita Payne, quién regresó rápidamente.

“Me parece que sería conveniente llamar al doctor Rowley, Vincent. No me gusta nada su aspecto”.

Vincent telefoneó al doctor Rowley y por suerte lo encontró en su casa. Este pasó la mayor parte de la tarde con mi tía, saliendo cada tanto de la habitación con expresión grave para preguntarle a Vincent que había comido tía Aurora al almuerzo.

A las 16:00 Vincent comprendió por la expresión del médico que tía Aurora había muerto. El doctor parecía muy perturbado y Vincent lo atribuyó al hecho de que Rowley era un viejo amigo de la tía. No fue hasta que dijo que había mandado llamar al doctor Clark, el médico de la policía, que mi hermano tuvo alguna sospecha de que la descompostura de tía Aurora no hubiera sido natural. Le había parecido muy súbita, pero luego pensó en una falla del corazón y la posibilidad de envenenamiento ni le pasó por la cabeza. Con el doctor Clark llegó un detective vestido de civil. El médico policial pareció confirmar las sospechas del doctor Rowley, porque poco después llegó un policía de uniforme y clausuraron el dormitorio de tía Aurora. Vincent me dio su versión de lo que había pasado cuando lo interrogó el inspector de civil, Arnold, pero eso era todo lo que sabía.

Terminaba de contarme esta historia cuando se abrió la puerta y entró Ellen, la criada.

—El inspector Arnold querría hablar unas palabras con usted y el señor Lionel. ¿Lo hago pasar?

El inspector Arnold parecía un enérgico hombre de negocios. Ni su ropa —un impecable traje azul—, ni su rostro dejaban adivinar nada. Rechazó un vaso de jerez y nos encaró enseguida.

—Creo que será necesario hacer una autopsia y posiblemente una indagación. Ni el doctor Rowley ni nuestro médico están satisfechos con las causas de la muerte de su tía. Ahora tengo que volver al Departamento, pero después del almuerzo me gustaría hablar con todo el personal y con usted y su hermano si están disponibles esta tarde. Voy a de-

jar a dos de mis hombres aquí. Ya se han llevado el cuerpo de su tía.

—Por supuesto —aceptó Vincent—. No saldremos.

—Bien, en ese caso, me retiro —concluyó el inspector Arnold—. Haré los arreglos para la autopsia. Será mejor que el funeral sea el miércoles próximo, si no tienen inconveniente. A propósito, antes de irme necesitaré una lista de toda la gente que vive en la casa.

Vincent dirigió la vista al cielo raso y comenzó a enumerarlos.

—Está la señorita Payne, la dama de compañía de mi tía. Es una parienta muy lejana. El personal consiste en Mary, la cocinera, Ellen, la mucama y Charlie el hijo de Mary, que maneja el viejo Daimler y anda en las tareas de la casa. El jardinero viene todos los días. Creo que eso es todo. Oh, por supuesto —exclamó de pronto— olvidaba al marido de Mary, Tom Raikes. Mi tía le permitía dormir acá cuando estaba en el pueblo, ya que suele estar fuera durante semanas. Trabaja como empleado en una agencia de apuestas; tía Aurora lo dejaba acercarse a la casa nada más que porque Mary es una criada muy antigua.

—Está bien, gracias. Los veré esta tarde —dijo el inspector al retirarse. Miré enseguida a Vincent y pesqué en sus ojos una expresión preocupada que no pude entender. Me refiero a que, por más que mi hermano me irrite, no podía pensar que tuviera algo que ver con la muerte de tía Aurora. Sin embargo había algo que lo preocupaba y dudé que me hubiera contado toda la verdad sobre su larga visita en Hastings.

Edith Payne se reunió con nosotros para almorzar pero nadie habló mucho en la mesa. Entre mi hermano y ella parecía haber un aire de incomodidad, a pesar de que yo siempre había creído que eran bastante amigos. Debo confesar que Edith nunca me gustó. Es una prima lejana, tiene más o menos la misma edad que nosotros y quedó en la indignancia cuando sus padres sucumbieron a la gripe espa-

ñola después de la primera guerra. Adoptada por tía Aurora, Edith había vivido con ella desde entonces, ayudándola con las obras de la iglesia y las caridades, acompañándola a hacer compras y todas las demás tareas que deben realizar los parientes pobres. Pero con nosotros no era precisamente apocada. Siempre tenía algo que decir y comenzaba casi todos sus comentarios con, "Su querida tía dice que...", o "Su querida tía desea...". Aunque parecía compartir el interés de mi tía por la iglesia y sus caridades, nunca pude dejar de pensar que parte de su humildad cristiana era fingida. Había algo chocante en su invariable buen humor, y varias veces me pareció captar una expresión muy diferente detrás de sus anteojos de vidrios gruesos. A lo mejor eran prejuicios míos, porque Vincent no compartía estos sentimientos. Eran de la misma edad y eso hacía una gran diferencia cuando éramos chicos. Yo era dos años menor y muchas veces sentía celos cuando me prohibían ir a un teatro o a una fiesta. Sabiendo que Edith y Vincent compartían secretos que a mí me eran negados, no pude dejar de notar que, en nuestra última visita, Vincent no se sentía tan molesto con Edith como yo. A decir verdad pasaban bastante tiempo juntos y fue por eso que noté cuan poco se dirigían la palabra en ese momento.

El inspector Arnold volvió enseguida del almuerzo y se instaló en el living para comenzar con sus entrevistas. Para mi sorpresa fui el primero de su lista.

—Lo he llamado antes que a los otros porque pienso que no necesitaré entretenerlo mucho tiempo. Veamos, usted es Lionel Townsend. Bien, señor, me gustaría que me dijera lo que hizo ayer. Su hermano me dice que trató de comunicarse con su departamento en Londres sin lograrlo.

Me miró, balanceando una lapicera fuente entre los dedos.

—Sólo algunos detalles que podamos verificar y no tendré que molestarlo más.

—Le diré lo que hice, inspector —contesté—. Era un día tan hermoso que decidí dar un paseo por el campo. La mujer que trabaja en mi departamento dos horas por día me preparó unos sándwiches. Agarré un par de botellas de cerveza y me fui. Tomé el camino hacia Henley y di algunas vueltas.

—¿Habló con alguien? ¿Cargó nafta o compró cigarrillos?

—Temo que no. Tengo un auto muy chico y el tanque carga lo suficiente para unos trescientos sesenta kilómetros. Ni siquiera sé los pueblos que atravesé. Comí mi almuerzo en un bosque y volví a casa alrededor de las 19:00, cené y me fui al cine.

—Uhhh. Sus declaraciones no nos ayudan mucho. Bueno, si eso es todo lo que puede decirme...

—Creo que sí —lo interrumpí—. ¿Sabe? No estaba enterado de que tendría que rendir cuentas de mi día, si no lo hubiera hecho mucho mejor.

Me alegré de poder salir de la habitación. Las frías preguntas del inspector me habían puesto de mal humor. Como todo el mundo iba a estar ocupado con el interrogatorio, saqué a Spot afuera y allí al aire libre, arrojando palitos que el terrier corría a buscar, me sentí mucho mejor. Spot no parecía tan perturbado por la ausencia de su dueña como había pensado, pero cuando di la vuelta para volver a la casa noté que se apresuró a dirigirse a la puerta del saloncito adonde en tiempos normales hubiera estado tía Aurora a esa hora de la tarde.

El doctor Rowley vino un poco antes de la cena. El inspector se había ido un rato antes, Vincent y yo lo seguimos al living, pero por la expresión de su cara creo que antes de llegar allí ya habíamos adivinado lo que tenía que decirnos.

—Creo que mis sospechas se confirman, caballeros. Encontramos una gran cantidad de morfina en el cuerpo de su tía. Y ése no es un veneno que se pueda tomar por accidente, por lo menos no en esa cantidad. Creo que coincidi-

rán conmigo en que la sola idea de su tía cometiendo suicidio ya es impensable. A mi modo de ver, es un asunto muy, muy serio.

Cuando se hubo ido, Vincent se desplomó en un sillón.

—Ahora sabemos lo peor —parecía casi aliviado de que se hubieran disipado las dudas sobre la muerte de mi tía—. ¿Quién pudo haber querido matar a la pobre tía Aurora?

En ese momento sonó la campana que anunciaba la cena.

—Será mejor que charlemos un poco después de comer —dijo, dirigiéndose al comedor.

—¿Adónde está Edith? —le preguntó a Ellen al ver que sólo había dos lugares preparados en la mesa.

—Ah, la señorita Edith no se siente bien y decidió acostarse —contestó Ellen.

—¿Nada serio? —preguntó Vincent con aire ansioso.

—No, señor. Este asunto ha sido demasiado para ella. Detectives, médicos, policías... ambulancias e interrogatorios.

Navegó fuera de la habitación, logrando demostrarnos con su cabeza erguida y un ligero suspiro que consideraba vulgar e irrespetuosa la manera en que se estaba tratando la muerte de mi tía en esa ordenada casa.

—Mira, Vicent, voy a llamar a Beef —comencé, apenas nos hubimos acomodado frente al fuego.

Con esto me refería a que pensaba que ya era hora de consultar a mi viejo amigo el ex sargento Beef. Cualquier misterio que ocultara la muerte de tía Aurora se disolvería en cuanto él comenzara a investigar. Ya no podía seguir negando el hecho de que Beef era un genio. Lo había conocido cuando era un polizante de provincia, cuyo bigote rojizo parecía nutrirse con la cerveza en la que lo sumergía muy a menudo. Como tantos otros, al principio me negué a tomarlo en serio, porque sus métodos eran chapuceros y él mismo se burlaba de los sistemas científicos de investigación... "para qué andar complicándose con los microscopios."

pios", solía decir. Pero este tozudo personaje, tan carente de tacto, tan grosero como me parecía a veces, había preva- lecido en demasiadas oportunidades y ya no dejaba du- das en cuanto a su profundo olfato detectivesco. Lo había visto abrirse paso a empujones en varias delicadas investi- gaciones, colocar su manaza en una pista y señalar con aire triunfante al asesino, mientras que los cerebros que pare- cían más sutiles y refinados permanecían con la boca abier- ta.

He novelado una cantidad de sus casos exitosos, pero esta vez no tenía la intención de encontrar material para un libro. Me sentía muy perturbado, hasta un poco asustado y deseaba el consuelo de su tosca pero tranquilizadora per- sonalidad.

Sin embargo Vincent tomó mis motivos con mucho ci- nismo.

—Me sorprende tu actitud, Lionel —comentó con algo de su antiguo fuego sarcástico—. Nunca hubiera creído que querrías convertir la muerte de tía Aurora en una fiesta para aficionados a las novelas de detectives. ¿Acaso no hay nada sagrado para ti?

Comencé a protestar, pero me ignoró.

—Ah, no tengo dudas de que sería una excelente nove- la y admito que como de costumbre Beef llegará al fondo de la cuestión, pero en un caso tan personal, preferiría de- járselo a la policía.

—Bueno, ya sabes lo que buscará la policía. Un motivo. Y el único motivo que cualquier podría haber tenido para deshacerse de tía Aurora es el dinero.

Vincent dio un respingo.

—Pero aún *no* sabemos si es un asesinato... —alegó en un tono de voz que decía a las claras que estaba aferrándo- se a una posibilidad muy remota.

—Bien, si suponemos que tía Aurora fue envenenada, ¿quiénes son los principales sospechosos? Tú y yo. Tú eres

su albacea y recuerdo que varias veces me dijiste que nosotros heredábamos el grueso de su fortuna.

—Y el primo Hilton Gupp —agregó Vincent—. Te estás olvidando de Hilton. Él es el único pariente cercano de tía Aurora aparte de nosotros y en el testamento la suma de los bienes se dividió con bastante ecuanimidad entre los tres.

—La única diferencia con Hilton a los ojos de la policía —le respondí con maldad— es que tú estabas aquí y él no.

—No estés tan seguro —contestó Vincent en su tono más superior—. No se ha demostrado aún que tú o Hilton no estuvieran aquí ayer furtivamente. Por lo que yo sé...

—Vamos, Vincent. Dentro de poco empezaremos a sospechar el uno del otro. No sé por qué no quieres que venga Beef. En la escuela de Penhurst lo recibiste con entusiasmo y terminó resolviendo el caso. Y ahora que se trata de algo que para nosotros es vital, rechazas la idea. No te entiendo.

Vincent contempló el fuego durante un rato.

—Está bien, Lionel, tal vez tengas razón —parecía cansado—. Llámalo si quieres. Yo me voy a la cama.

Antes de acostarme le escribí una carta a Beef dándole un panorama del asunto y pidiéndole que viniera a Hastings lo antes posible. Insistí en el hecho de que yo estaba envuelto en forma personal para persuadirlo a venir.

Antes de dormirme, no puede menos que pensar cuánto dinero heredaríamos de tía Aurora.